

V. CUBA Y ESTADOS UNIDOS

EG: En Cuba me fue de maravilla. Estuve allá un año y medio. Llegué en 1958, con 50 dólares, y me quedé toda la Revolución. Oye, no veas. El dineral que había ganado antes me lo gasté. Del aeropuerto al hipódromo, que estaba cerca de la playa, eran 45 dólares del taxi. Me llevó al hotel La Mansión Oriental, a cuadra y media del hipódromo, que era de unos españoles. Me quedaban cinco dólares. Pregunté: “¿Cuánto cuesta el cuarto?” Veinte dólares. “Bueno, réntemelo por una semana.”

Entonces Cuba era un paraíso. No es cierto que cuando se fue Batista hubo tiros, no hubo ni uno. Yo estaba en el mero centro, nomás avisaron por radio que ya se había ido Batista y salió la gente a bailar a la calle. Al día siguiente entró Castro a la ciudad.

Tenía muchos amigos allí, como Orlando Hernández. Le conté que no traía dinero, y me dijo: “Chico, yo tampoco, solo 20 dólares para toda la semana”. Y pensé: “¡En la torre!”. Pero me prestó cinco dólares para la licencia y se volvió mi agente. Lo conocí en México. Se retiró porque se fracturó una pierna y le quedó tiesa. Era muy buen amigo.

Cerca del hipódromo también estaba la familia de Jorge Núñez, un jockey cubano que conocí en México; gracias a eso no teníamos problema para comer. Si no había dinero, nos daba de comer la mamá de mi amigo. Falta una semana para el jueves... ¡y Orlando Hernández me consiguió montas! Monté cuatro caballos el primer día y gané con dos. Las carreras eran solo sábado y domingo, pagaban 10 dólares por la monta y de ahí tenías que pagar al agente, ensilladores y una bola de cosas; me venían quedando tres o cuatro dólares. Después agarré la onda de las apuestas allí y saqué pa' pagar el mes de La Mansión Oriental y pa' comer.

RL: ¿Cómo era la onda? ¿Les dabas *tips* y te compartían las ganancias?

EG: Llegaban los apostadores (también había casinos de los mismos cubanos) y me decían: “Oye, chico, vete preparando este caballo. Necesito que me des la garantía de que no lo vas a jalar”. Yo le metía la mano izquierda y ganaba. Apostaban mucho dinero. Y así empecé, montaba mucho en Cuba. Me recomendó Fernando Fernández. Les dijo que era muy buen jinete. Los apostadores sacaban mucha lana y yo, sin usar batería ni jalar caballos, podía ganar. Pero ellos querían tener la plena seguridad de que no les iba a fallar y empezaron a soltarme lana de sus ganancias. De ahí mandaba 150, 200 dólares mensuales a mi esposa en México. Ya había nacido mi hijo. Y triunfé.

Avelino Gómez, un gran jinete cubano, de lo mejor que he visto, me ganó el liderato por dos carreras. Traíamos un pique tremendo. Cuando partimos, yo para Miami y él para Canadá decían los periódicos: “Con la

AVELINO GOMEZ Y GRACIDA PIDEN UN “MANO A MANO”



ENRIQUE GRACIDA y Avelino Gómez tienen la plena convicción de que sus respectivas cabalgaduras son las más veloces y es por ello que coinciden en la idea de que los propietarios de "Scripwriter" y "Rafaelito" los enfrenten en un mano a mano para que cada quien quede en su sitio. Los muñecos de seda habían por conducto de "OVACIONES", con relación al Handicap de las Américas.

partida de Avelino Gómez y el *Látigo Azteca* se nivela el *staff* de jinetes”. Fíjate, ¡se nivela el *staff* de jinetes! Nos tenían muy por arriba.

Y me fui a Miami.

RL: ¿Cómo era Cuba en ese tiempo?

EG: ¡Un paraíso! Cuando Castro entró el 1 de enero de 1959 fue impresionante. Estaba la gente en el zócalo, venían caminando él, Raúl Castro y Camilo Cienfuegos —un grandote, güero, de ojos azules— ese era al que más quería el pueblo. Yo estaba en el hospital porque me caí en una carrera debido a un aguacero tremendo. Era una maternidad de monjas que tenía convenio con el hipódromo para atendernos.

Cuando la semana siguiente regresé a montar, organizaron un hándicap en honor a Fidel Castro. Y me tocó montar el estelar en una yegua colorada muy a todo dar. ¡Se llamaba *Cuban Flag*! Ese día no fue Fidel. En su representación fueron a premiar al caballo ganador el *Che* Guevara, Camilo Cienfuegos y creo que Raúl Castro. ¡Que gano la carrera y me premian! Pero no veas, esos caballos eran enormes, muy altos, y no sé por qué me pusieron en el cuello la herradura de flores que les ponen a los caballos cuando ganan y me retrataron con la herradura y una ametralladora que me dieron para que saliera en la foto. No traía puesto el seguro, estaba directa.

RL: ¿Estaba cargada?

EG: Sí. Después de eso Avelino se fue a Canadá y yo me fui a Miami. Pero Cuba era el paraíso. En plena Revolución podías tener lo que quisieras. Había toque de queda de las nueve de la noche en adelante, pero no había asesinatos, no había nada, podías transitar y divertirte con plena libertad. Casi nunca estaba en La Mansión Oriental. Me hice amigo de la *Gallega*, la esposa del dueño, y andaba de parranda con todos los cubanos.

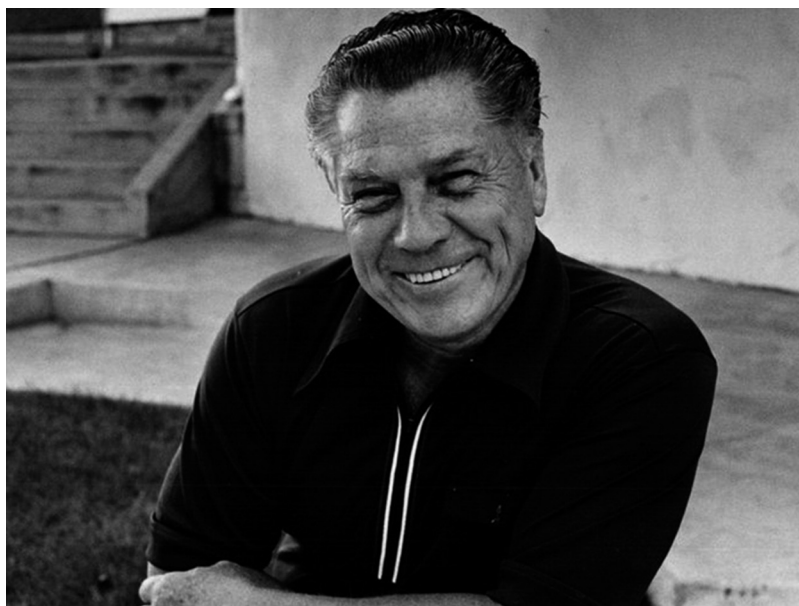
Dos días a la semana montaba. Era precioso. Consideré a Cuba, esa Cuba, como mi segunda patria. Pero me recomendaron y me contrataron en Miami, por eso me fui para allá. El que me llevó se llamaba —¡fíjate qué nombrecito!— Manolo Giberga. Fue piloto de Batista, era cubano y con mucha lana.

En Miami debuté en el Tropical Park. Ahí monté las últimas dos semanas de la temporada y después en los hipódromos Hialeah y Flamingos. Luego nos fuimos a Saint Louis Missouri, donde hay dos hipódromos, uno de un lado de la calle y el otro enfrente, y después a Ohio y a Chicago. En 1960 regresé a México. Me recibieron con el divorcio y regresé a montar otra vez en Miami, Saint Louis, Cleveland y Chicago. Cuando terminaba la temporada en Chicago, me iba a montar a Canadá, en los hipódromos de Quebec y Montreal.

RL: ¿Te fue bien en Canadá?

EG: Sí, pero no me gustó. Es diferente que en México y Estados Unidos; son muy fríos.

En Miami me mandó llamar Jimmy Hoffa, el líder de los *Teamsters*; quería que montara para su sindicato. Sus ayudantes me llevaron al hotel McAllister, en el centro de Miami. Me sentaron en una silla de espaldas a tres personas. Estoy seguro de que uno era Hoffa, porque le dijeron: “Jimmy, dile tú”. Quería que montara para ellos. Le dije que no —acababan de



Jimmy Hoffa.

desaparecer cinco jinetes en el mar—. Pensé: “Ahorita me mata”. Pero no, me dijo: “Si quieres seguir vivo, te vas pa’ México ahorita”.

Me llevaron al aeropuerto y no se separaron de mí hasta que me subí al avión. Tenía un carrito Ford Crown Victoria muy bonito. Lo tuve que dejar en el aeropuerto con mis cosas, mi ropa, mis fotografías. Y ahí vengo otra vez para México. Eso debe haber sido por ahí de 1962.

Regresé al Hipódromo de las Américas a tramitar otra vez mi licencia. Estaba suspendido, me habían corrido sin *ruling*, sin ninguna sanción por escrito ni nada. Me dieron oportunidad de montar con la misma licencia con la que montaba en Miami, pero ya estaba muy pesado; monté dos años más, de 1962 a 1964, y me retiré.

RL: ¿Por qué?

EG: Pues ya sabes, carreras y jaladas y me retiré.

RL: Antes de pasar al polo, cuéntame cuando llegaste de casualidad, junto con otro jockey, al hipódromo de Nebraska.

EG: Era Silvio Quintero. Fue en 1954, traíamos un Mercury Coupé de esos chiquitos. Silvio se equivocó de carretera y vimos un letrero que decía AKSARBEN. Era NEBRASKA al revés, ahí estaba la entrada del hipódromo.

Entre los dos traíamos cinco dólares. Entramos, dijimos que éramos jockeys y nos pidieron que galopáramos un caballo. Ahí encontramos a Víctor Bovin que había montado en México. Me dijo cómo le tenía que hacer para que me dieran la licencia: “Te van a pedir tu apellido, entonces dices Hoffman”. Eso hice cuando me preguntaron. Buscaron mi récord varias veces y, como no lo encontraron, dijeron: “Ha de estar perdido”.

El presidente de los jueces tenía una junta y no podía esperar: “Dile que venga mañana”, le ordenó a Víctor. Al día siguiente le expliqué: “Nos equivocamos los dos. Mi apellido paterno es Gracida, Hoffman es el materno”. Lo buscó y me dijo: “Tu récord es tan grande como un rollo de papel higiénico”, y me aventó la licencia. Al día siguiente, Víctor nos consiguió una



En Nebraska en *District Attorney*.



En Nebraska, en primer lugar en *Sandy Red*.

monta, a mí con *District Attorney*, a Quintero con *Spanch*. Los dos caballos estaban a 35 por 1.

El caballo llevaba 112 libras; yo pesaba 120 y así gané la carrera. Silvio llegó segundo. El dueño del caballo, un viejito irlandés, me dio 100 dólares. Víctor se desapareció como una semana; cuando regresó nos dijo: “Los invito a desayunar y a conocer mi nuevo tráiler”. También traía un Oldsmobile nuevecito que acababa de comprar. Nos tenía una sorpresa. Al levantar la servilleta había un fajo de billetes, como cinco mil dólares para cada uno. Imagínate lo que había ganado Víctor. Como no nos conocían, los caballos que montamos estaban a 35 y a 25 a 1.

RL: ¿Dónde conociste a Víctor Bovin?

EG: Aquí en México, era jockey en el hipódromo. Él me consiguió la licencia y ganó todo ese dinero apostando en los *books* a los caballos que montamos Silvio y yo. Cuando se desapareció se fue a apostar en los *books*.

RL: ¿Cuánto tiempo estuviste en Nebraska?

EG: No mucho, como 15 días. Ya iba a terminar la temporada. Cuando nos fuimos salieron a despedirnos el presidente de los jueces y otros funcionarios. “Regresen, en mucho tiempo no habíamos tenido jinetes tan buenos como ustedes”, nos dijeron.

De ahí me fui a Denver, Colorado. Me regresé porque ya había nacido mi hijo y porque Silvio extrañaba mucho a Nelly, su esposa. Como él tenía coche, nos regresamos por tierra a México.